

DANZA RITUAL PARA UNA ZORRA Y UN ESCORPION

OBRA EN DOS ACTOS

DE

ALFONSO PASO

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

18-abr-85
1510801 C.1
JRB
indus

1

Y AL FINAL DEL JUEGO, ALGUIEN HA DES
TROZADO A ALGUIEN. PARECE MENTIRA,
PERO EL JUEGO SE REPETIRA POR LOS SI
GLOS DE LOS SIGLOS.

(Albert Camus.)

R E P A R T O

MARGARITA

ERNESTO

Acción : En Londres, en casa de John Bruce Lighton,
barón de Soveset, una tarde otoñal.

Epoca : Nuestro tiempo.

Lados : Los del actor.

Una bella habitación que hace las veces de salón y biblioteca en el domicilio de Margarita Bruce Lighton. Seguramente los libros están demasiado limpios, lo cual nos indica que no suelen abrirse con frecuencia. Al foro hay una puerta corrediza con pasador de cerradura blanca y reluciente. En el foro - también, en chaflán con la izquierda, un ventanal velado por un visillo con caída de telón y por una preciosa cortina verde. A la izquierda, una puerta conduce al dormitorio de Margarita Bruce Lighton. A la derecha y también en chaflán, hay un arco con una escalera que debe llevar al piso superior.

La casa de Margarita Bruce Lighton se encuentra enclavada en Kensington y aunque antigua por fuera, por dentro es modernísima. Hay un amplio sofá, un precioso biombo, un teléfono una mesa cuajada de porcelanas y de pequeñas cajitas de plata, una radiogramola y una soledad capaz de matar a tios a cualquiera que entre en esa habitación. A un lado hay dos - pequeños sillones, una mesa árabe y un table ro con figuras de ajedrez que enfrentan a los reyes godos con los turcos sarracenos. Toynbee diría que es el enfrentamiento perenne entre en sentido oriental y occidental de la vida. Nosotros no tenemos cultura para decir eso. - En el Big-Ben acaban de sonar un cuarto para las siete. La puerta del fondo se abre. Penetra una mujer bellísima, madura, pero joven aún, vestida con enorme elegancia. Ha dado una luz de pantalla cálida y deja el bolso sobre el sofá. Procede como es natural a servirse un -

whisky y luego se desabrocha la cremallera del traje. Ha dejado las llaves en la mesita de las bebidas. Toma el teléfono y marca un número.

MARGARITA.- ¡Hola!... ¿Rudy?... ¡Ah, Rudy!... Si; soy Margarita.... ¿Cuántas Margaritas conoces?... Margarita Bruce Lighton... Exacto... todo marcha muy bien. ¿Y tu mujer?... ¿No está en casa?... ¡Ah, ah!... Ha ido a la conferencia de decoración... sí; a mí también me invitaron... creo que es un artista francés, divino. Nos enseña a todas como hay que poner la casa para que el marido no la pueda soportar... Disculpa. Dile simplemente que la llamé.

Cuelga, enciende un cigarrillo y se encoge de hombros marca un número de teléfono.

¿Timoteo?... Soy Margarita... ¡Ay!, ¿Como que cual Margarita? Margarita Bruce Lighton.. Exacto, si. ¿ Esta contigo Alicia, ¿no?... pues porque no esta con su marido y no ha ido a la conferencia de decoración ... Y si no esta con su marido es porque ^{esta} esta contigo... porque tú eres una persona moral y -- ademas tienes celos de su marido. ¿Qué sería de la pobre Alicia si no encontrara un poco de moral al lado de su amante? Pero quisiera hablar con ella... Si, por favor.

Espera un momento, aspira el humo del cigarrillo y dice :

Alicia: ese estúpido de Guillermo... Lo he visto con otra... Si; en la condenada conferencia que tu has puesto de pretexto. Me ha estado engañando todo el tiempo... Naturalmente, me fuí en el acto al teléfono y llamé a Patricio... Si, si; solo que no me contestó él... Contestó una niña estúpida que me habló de la manera mas desconsiderada. Me dijo: "No se si podrá - contestar ahora. Y añadió: De estar cerca... si pues si esta cerca... lo tengo encima... Pero no se trata de ese estúpido... estoy sola, ¿comprendes?... MI última esperanza es ese imbecil de Basilio que, probablemente, estará preparando cualquier trabajo sobre el Imperio Romano... Querida: hacer el amor con un historiador es hacerlo con tanta gente que una llega a sentirse fatigada.

Pues allá tu, que te gustan los hombres violentos. Yo soy una aristócrata. Existen lujos que no puedo permitirme... Quería preguntarte el teléfono de aquel muchacho... Aquel... Exacto. Borislav. Era exquisito...era delicado... Si, por cierto. tambien era eso. Pero me apetece eso ahora..No se trata de emprenderla de nuevo con el amor. Quiero hablar con alguien... Espera voy a tomar nota.

Toma de una mesita cercana un block de notas y un lápiz.

¿Si?... ¡Ah, ah! En Soho...Si, si. Perfecto. Gracias. Que la sigas pasando bien.

Oye que se acerca alguien vestido de chaque. Tiene modales distinguidos, y es sin duda el perfecto mayordamo. Hombre atractivo y sin ser un niño, es capaz seguramente, de despertar alguna pasión escondida si no hay inconveniente en que las pasiones se despierten. Margarita al verlo, sube apresuradamente la cremallera de su vestido.

ERNESTO: ¡Ah! Perdón, señora. Le ruego que me disculpe. Creí que estaba solo en la casa.

MARGARITA: ¿Y las doncellas?

ERNESTO: Quiero advertir a la señora que hoy es el día de salida de Leticia.

MARGARITA: ¡Ah, es verdad, Pero y Susana?

ERNESTO: Si la señora me lo permite, creo que Susana se ha ido.

MARGARITA: ¿Pero... como?

ERNESTO: Señora: es muy difícil explicarlo. Yo mismo tenía una confianza ciega en Susana. Era una muchacha aparentemente sin problemas. Pero parece que tenía uno..Dsiculpeme señora.

MARGARITA: No, no Ernesto. Puede usted seguir hablando.

ERNESTO: Bien. Creo que... Susana ha cometido una torpeza.

MARGARITA: Acabe usted de una vez, Ernesto ¿Que torpeza cometió Susana?

ERNESTO: Se ha marchado con un hombre casado.

MARGARITA: ¡Divino! ¿Ha hecho esto Susana?. ¿Y quien es ese hombre ?

ERNESTO: Su marido, señora... el honorable John Bruce Lighton, Barón de Sowerset.

4

MARGARITA: ¿pero... como se atreve ?

ERNESTO: Le advertí a la señora que no quería hablar de eso. Pero usted insistió tanto...

MARGARITA: Mi marido estará en el despacho de arriba, como siempre. Entre sus libros.

ERNESTO: Señora: lamento mucho informar a la señora que el señor Barón, aparte de estudiar Arqueología, estudiaba de una - manera intensa, ultimamente, Anatomía. Me refiero a esa - chica, a Susana...

MARGARITA: Ernesto: esta usted ebrio... y no es su día libre...

ERNESTO: Lo siento mucho, señora. Ya le advertí que no quería hablar de eso.

MARGARITA toma una decisión rápida. Sube las escaleras y desaparece. Ernesto adopta una actitud de espera, indiferente. Margarita vuelve a aparecer en lo alto de la escalera. Los primeros escalones los baja de prisa. Los últimos despacio.

MARGARITA: tal vez esté en la recámara. Contesteme, Ernesto. ¿Está en la recámara ?

ERNESTO: ya que la señora lo pregunta, ha tomado un avión, no se hacia donde.

MARGARITA entra corriendo en la alcoba una pausa. Vuelve a salir.

MARGARITA: No está.

ERNESTO: Se lo dije, señora.

MARGARITA: No está y ni en el closet están sus maletas. Y lo que es peor, tampoco las mías.

ERNESTO: ¡Ah! por cierto! Me parecían muy lujosas las maletas de Susana.

MARGARITA: Hay algo peor que aún no me ha dicho ... Querido Ernesto? porque puedo llamarle así ?

ERNESTO: Se lo suplico, señora.

MARGARITA: El cofrecillo donde guardaba mis alhajas no está tampoco.

ERNESTO: Eso no lo sabía.

MARGARITA: Bien. ¿De modo que ese arqueologo, esa especie de muñeco

intolerable, comete el acto más repulsivo que un noble inglés puede cometer? Fugarse con la criada! Y además, llevarse mis joyas y meter toda su asque rosa ropa en mis maletas.

ERNESTO esta callado.

Eramos marido y mujer desde hacia ocho años. Y él tenía cuarenta y siete años y a mi me faltan por lo menos treinta y cinco años para cumplir los treinta.

Cerrando los puños

¡Pero las joyas! Se ha llevado las joyas! Mis perlas en la garganta de una vulgad sirvienta...¿Usted le vió salir ?

ERNESTO: No se si debo...

MARGARITA: Ernesto: usted es el mayordomo de la casa Bruce Lighton y en este momento, lo único que queda de la casa Bruce Lighton soy yo. Conteste. Los vio salir ?

ERNESTO: Primeramente, vi salir a Susana. Iba muy contenta. Abajo esperaba un coche. Después salió su esposo, señora. Parece que el chofer había cargado ya las maletas en el coche.

MARGARITA: ¿y a que hora fue eso ?

ERNESTO: Digamos que a las cuatro y media de la tarde. Solo veinte minutos despues de que usted se fue.

MARGARITA: Y el tipo me dió un beso y me dijo : "Estas mas bonita que nunca. Que te diviertas". ¿Que opina Ernesto ?

ERNESTO: Creo que era sincero, señora. Quería que usted se divir tiera. Lo que no le dijo es que quería divertirse él tam bien.

MARGARITA: Mamarracho... ¡Un estúpido muñeco que era el hazmerreir de todo Londres! ¡Un majadero insoportable que quería organizar una expedición para descubrir Atenas! Y siem pre que decían que estaba ya descubierta, contestaba: "Pero no por mi" Hay mayor igolatría?

Se tranquiliza.

¿Le dijo a usted algo ?

ERNESTO: (Piensa) No señora. Si... ya recuerdo...me dijo que tarda ríamos un vernos.

MARGARITA:

¿ Y ella ?

ERNESTO:

Bueno... Susana era una muchacha muy expresiva, muy espontánea. Me dijo algo así como.. En fin, es lenguaje de la servidumbre.. "Me lo voy a pasar de maravilla. Si el arquéologo me responde la mitad de lo que ha respondido = allá arriba, en la biblioteca... ¡De chuparse los dedos!

Se ruboriza

Disculpeme señora.

MARGARITA:

¿Chuparse los dedos ?

ERNESTO:

Es lenguaje vulgar, señora. Quiere decir pasarla encantadoramente.

MARGARITA:

Ya... Una insoportable muchacha sin moral alguna y sin principios.

ERNESTO:

Eso creo, señora.

MARGARITA:

¿De mi dijo algo mi marido ?

ERNESTO:

Si; creo recordar que me advirtió que escribiría a la señora desde un aeropuerto. Y luego añadió... (tartamudea) Bue... Bueno; lo que dijo no tiene importancia.

MARGARITA:

Quiero que me lo diga exactamente como lo dijo él.

ERNESTO:

¿Exactamente?

MARGARITA:

He dicho exactamente.

ERNESTO:

Bueno. Pues luego dijo: "Dile a la zorra de mi mujer que se quede con todo y que puede utilizar nuestro dormitorio para traer a sus amantes.

Hace una pausa y añade:

Si; eso fué.

MARGARITA:

¿En que dudaba usted?

ERNESTO:

Perdón, señora. No sé si dijo zorra, o zorrón. Pero creo que este es un matiz sin importancia.

MARGARITA:

¿De modo que el honesto Barón Sowerset...? ¿De modo que ese estúpido majadero hace confesiones a un criado antes de abandonar el hogar y lo inclina a pensar cualquier cosa de mi ? Pero usted, no habrá dado crédito a esas palabras, verdad

ERNESTO:

No señora. Los criados, ya sabe usted, simplemente escuchamos y disculpe, eso es todo.

MARGARITA:

Yo soy una mujer decente que no ha tenido amorios con nadie.

ERNESTO:

Claro...claro.

(Suena el teléfono. Lo toma Ernesto.)

¿Si?... Pues no sé...

A ella.

Señora... un tal Borislav, pregunta por la dulce Polimoly.

MARGARITA:

¡Ah, si!

Contesta.

¡Ah, querido Borislav!... Si; es cierto. He llamado a Alicia. Quería charlar con usted... ¿Esa bribona se me ha adelantado? ... Naturalmente, una simple conversación. Es usted tan delicado, tan suave...

Pausa.

Si, si; ya sé que además es eso. Pero entiéndame, Borislav, no se trata simplemente de un asunto erótico. Me gusta charlar, hablar, tener conversación con la gente. Y lo he elegido a usted... Está borracho, ¿no?... ¡Claro que no! ... No; no me gustan esa clase de hombres.

Enfurecida

Amigo Borislav: los únicos cuadros que me gusta admirar son los de la National Gallery, y muy concretamente los de Reynolds... Borislav: usted tiene un origen ruso y los rusos le dan al vodka con mucha generosidad. Quiero pensar que todo lo que ésta usted diciendo es nada más que producto del vodka...¿Qué?...¿Como es eso posible?...¿Mi esposo?...¿No me llame Polimoly!.. Llaméme Baronesa Sowerset. Me niego a pensar que mi esposo... Está bien. no quiero oír mas.

Cuelga. Observa al mayordomo que la mira sin expresión.

Ernesto: el tipo que se ha marchado con Susana, organizaba orgías homosexuales en el Soho y la víctima propiciatoria era ese muchacho: Borislav. Una paradoja: un ruso con ideas políticas.

ERNESTO:

Señora; Susana me informó de eso antes de marcharse.

MARGARITA:

¿Que le informó de eso?

ERNESTO:

Me dijo: "Y además el tío es de las dos aceras. ¡De chupar e los dedos!" Disculpeme, es lenguaje de la servidumbre, claro con lo de las aceras quería decir....

MARGARITA:

Se necesita ser una idiota tan grande como Hyde Parke para

no saber lo que quiere decir con lo de las aceras. ¡Esto es desesperante! ¡Desesperante! Estoy demasiado agitada, Ernesto. Busque en mi agenda el número de mi psiquiatra. Horacio Burton. Llámemele.

ERNESTO: ¿Y que le dije ?

MARGARITA: Contestaré en cuanto él este al teléfono.

ERNESTO: Como la señora mande.

Mientras marca un número al teléfono después de consultar un pequeño cuaderno, Margarita pasea y hace comentarios.

MARGARITA: Ese descarado... desvistiendo muchachitos malolientes y criandas resbalosas... ¡Y aún se atreve a decir que yo soy una zorra! Todos mis conocidos en Londres dicen que soy un poco frívola. Pero de ser un poco frívola a ser ese animal con la cola tan grande, hay una enorme diferencia. Lógico. Seguramente la criada le contagió la estúpida manía de llamar a las cosas por su nombre, muy propio del populacho.

ERNESTO: (Al teléfono) ¿Doctor Horacio Burton?... La baronesa Sowerset.

† Tapa el micrófono

Señora: El Dr. Burton al teléfono.

MARGARITA toma el teléfono y gimotea)

MARGARITA: ¡Horacio!... ¡Horacio, estoy desesperada! John me ha abandonado... Si; se ha ido con una inmunda criada. Una criada que dice cosas como "Chuparse los dedos". Y se ha llevado mis joyas... Si; naturalmente que para siempre. Horacio: un muchacho del Sohom un rusito adolescente.... Bien; tuvo que ver con John... Si; John era un homosexual... No; claro que la criada no es un hombre... ¡Ah! que estupidez, un bisexual!... Bueno, quiero hablarte largamente.... ¡Ah! No tienes tiempo?... Claro, si. Si, la consulta. Pero... tal vez si llamo dentro de un rato.. ¡Ah! Sacaste unas entradas para el Royal Court?. Pondrán una obra odiosa. Sé que le gustaba mucho a John. Y quiero advertirte que...

Observa el teléfono.

Ha colgado... ¿Sabe usted cuanto me cobraba por visita? cerca de quince libras. Y todo esto porque yo pertenecía a la Sociedad de Mujeres Ansiosas de Horizonte. La presidente

me recomendó. Solo dos meses después supe que la maldita presidente as entendía con él. Pero me ha hecho mucho bien Mucho. Entre otras cosas me enseñó a aguantar la soledad.

ERNESTO:

Si señora.

Inicia el mutis por la escalera)

MARGARITA:

¿Se va?

ERNESTO:

Si a la señora no se le ofrece otra cosa... Estoy poniendo un poco de orden en mis cuentas del Banco.

MARGARITA:

Naturalmente. No le necesito.

ERNESTO:

Gracias, señora. Si se le ofrece algo.. estoy en mi cuarto.

MARGARITA:

No, no. Voy a tomar un baño. Si oye usted unas carcajadas es que me estou acordando de mi marido.

ERNESTO:

Lo tendré en cuenta, señora.

Desaparece y Margarita pasea, nerviosa.

MARGARITA:

Ni un arete. Ni un anillo. Se lo ha llevado todo! ¡Todo! Es curioso...¿Y a ese ser estúpido entregué mi virginidad?... Bueno. ahora recuerdo que no se la entregué a él. Pero le dije que se la había entregado. Es suficiente, ¿no? Bien, toda la gente en Londres está ocupada. Alicia hace el amor con un bestia insufrible, Guillermo me ha traicionado con una estúpida, de buenas piernas, con mariposas en el pelo. Borislav se ofrece la orgías homosexuales. Solo queda Basilio y su Historia del imperio romano. Y sus largas horas en la cama explicando quien fué Mesalina y Agripina, y una serie de señoras con nombre de medicamentos que me resultan odiosas. ¡Puedo hacer muchas cosas. Leer!

Toma un libro

Recuerdo que yo leí un libro...Si; "Alicia en el país de las Maravillas". ¿Y de que me ha servido, eh?. De nada. Una mujer bastante torpe, indecente, que dice "chuparse los dedos" se ha llevado a mi esposo. En fin. Basilio es la solución. Pero no le aguantaré ni un solo nombre. Ni romano, ni griego. Y sobre todo, no soporto a Cleopatra. ¡Que vanidosa! Esa. Esa si que era una zorra, como dice mi marido.

(Toma el teléfono y marca con desgano)

Casa de Basilio Roused?... Señorita: yo soy Margarita Bruce Lighton, baronesa de Sowerset. Soy íntima amiga de Basilio y.

¿Pero dondes está Basilio?...¿Que quiere usted decir con que ahí abajo?.... ¡Ah!: ... Dígale que conteste.

Energica.

¡Basilio, estúpido!.. Durante más de seis meses te he aguantado que me contaras todo el imperio romano, desde Napoleón a Alejandro y... y al Sha de Persia... ¿No he dado ni una ?. Bien, no se Historia. Pero se de otras cosas. Basilio... ¿Que haces ahí con una mujer que no soy yo ?

Avergonzada

Basilio, no hace falta que sigas... Bien, si, Basilio. Y con qué mano está agarrando el teléfono?... ¡Ah! Te lo tiene puesto ella en el oído... ¡Ni tan ridícula ni tan torpe, Basilio!. ¡No aguanto insultos! Sou una aristócrata...¡Al diablo te vas tu... Dile a esa señorita que es... ¡un animal con una cola muy larga!... Si... ¡Un cocodrilo no!.. ¡Ya sabes a lo que me refiero!

Cuelga. Levanta el teléfono para marcar otro numero y golpea en la horquilla.

Vaya... parece que se ha estropeado.

Con irritación.

¿Pero es posible que en Londres no haya nadie con quien se pueda hablar?. Y es posible que eso ocurra el día en que he sido injustamente abandonada? Mi psiquiatra me enseñó a aguantar la soledad. Se enciende un cigarro..

Lo hace.

Se cruzan las piernas y se piensa. La única dificultad es que se tiene que pensar. En papá. Bueno, no... En papá no. Fué muy injusto conmigo. Pero puedo pensar en mamá. Si supiera a donde se fué cuando yo tenía siete años...

Riendo.

¡El tío Simón! ¡Las gracias del tío Simón! ¡Sus chistes!
¡El tío Simón...

Frenética.

¡Los horribles chistes del tío Simón!. ¡Siempre contaba los mismos.

Gritando con desesperación

¡Ernesto!... ¡Ernestoooo...!

Ernesto aparece en la escalera arreglándose el chaque.

ERNESTO: Disculpe la señora. Me llamaba, ¿No es cierto ?

MARGARITA: Ernesto: me encuentro muy afectada por ... por la súbita marcha de mi esposo con una vulgar criada.

ERNESTO: (Hermetico) Lo comprendo.

MARGARITA: Resisto perfectamente la soledad. Pero hoy no.

ERNESTO: Entiendo, señora.

MARGARITA: ¿No le importaría acompañarme?

ERNESTO: En absoluto, señora. Estoy a sus órdenes.

MARGARITA: Pero dejemos ese tono, Ernesto. Poca compañía me puede usted hacer si sigue hablando así. Seamos más... más abiertos, mas sinceros. No se nada de usted.

ERNESTO: Tengo poco que contar.

MARGARITA: Sin embargo... Le apetece una ginebra?

ERNESTO: Señora.... No me atrevo.

MARGARITA: Ernesto: le ordeno que beba una ginebra conmigo.

ERNESTO: Si señora. Como usted mande.

Ernesto sirve una ginebra, se la da a Margarita y dice:

¿Puedo tomar coñac? Lo prefiero.

MARGARITA: ¡Pero claro, Ernesto!. Tome lo que quiera.

Ernesto sirve una copa de coñac monumental; y empieza a beberla.

¡Ah, Ah! ¿Es usted buen bebedor ?

ERNESTO: Si señora. No suelo decidirme, pero el día en que tengo oportunidad, bebo tranquilamente.

MARGARITA: ¿Y no se ha emborrachado nunca ?

ERNESTO: Si la señora me lo permite le diré que es muy difícil que yo me emborrache. Se necesitaría casi un tonel. Desciendo de escoceses.

MARGARITA: ¡Ah, la dulce Escocia! Una vez estuve allí. Todo muy verde y había vacas y gallinas. Y nubes, muchas nubes.

ERNESTO: Si señora. Por todo esto de las vacas , las gallinas y las nubes que en la mayoría de los casos, hago cosas que no haría en estado normal.

MARGARITA: ¿Como cuales ?

El, tras una duda.

ERNESTO: Bueno..Creo que cantar. Si; canto dulces canciones.

MARGARITA: ¡Pero eso es formidable, Ernesto!. ¡Hum, que callado se lo tenía! Apenas siete meses a nuestro servicio y nunca he tenido ocasión de oírle cantar. Pero no esté ahí de pie. Sientese por favor.

ERNESTO: En presencia de la señora. De ninguna manera.

MARGARITA: Vamos, le ordeno que se siente.

ERNESTO: Como usted mande. señora.

Se sienta en uno de los silloncitos donde está el ajedrez. Margarita contempla un periódico que hay sobre el diván.

MARGARITA: Ernesto, recuerdeme que mañana escriba al "TIMES" en sus páginas no se leen más que cosas insufribles. "Un vagabundo atropella a una muchacha".

ERNESTO: ¿Con que la atropello?

MARGARITA: ¡Ah, usted me entiende! La violentó. Eso he querido decir "Un maniático ha estrangulado a seis mujeres en Park Lane. Ernesto se levanta súbitamente.

ERNESTO: ¿Dice eso el TIMES ?

MARGARITA: Sí, si, aquí puede leerlo.

Ernesto acude con interés a ver el periódico mientras ella se levanta y se sirve otra ginebra.

ERNESTO: Horroroso tipo, ¿no? No solo las estrangulaba, sino que antes de la muerte las atropellaba.

MARGARITA: Y digo yo que si las atropellaba... ¿Por qué las mataba después ?

ERNESTO: Hay tipos insolentes que conectan de alguna manera la muerte y... lo que pudiéramos llamar el erotismo, señora.

MARGARITA: Yo pienso que con una mujer caben dos soluciones: o atropellarlas o matarlas.

ERNESTO: Eso pienso, señora.

MARGARITA: Y además, ya ve usted, las seis mujeres le han llevado seis jueves. Todos los crímenes los cometía en jueves.

ERNESTO: Si; eso he leído.

MARGARITA: ¡Ohm vamos! Anímese, Ernesto. Probablemente no me creerá tan estúpida como para echarme a llorar porque me ha abandonado mi marido. Al contrario, pienso que soy muy feliz.

Esta casa vale una fortuna y seguire una acción legal contra él.

Ernesto, tímidamente coge el periódico y lee. Margarita le dice:

¡pero que insistencia!.. Deje en paz a ese asesino loco y a sus mujeres.

ERNESTO: ¡No; solo pensaba que... Según parece, las estrangulaba con una media.

MARGARITA: Seguramente, propaganda de alguna casa de ropa interior.

Está apoyada de espaldas a Ernesto.

Pude muy bien matar a ese cerdo de John Bruce Lighton - Mas de una vez estuve tentada de hacerlo.

Abre el cajón del mueble en el que se apoyado y saca un revólver.

¿Ve usted?. Es el arma de John para disparar sobre los ladron y según su insoportable humor, sobre los inspectores de Hacienda. Hubiera bastado que tras una discusión terrible yo hubieses apretado el gatillo. Me he psicoanalizado. Estuve en tratamiento psiquiátrico. No hubiera ido a la cárcel. Y estar en un manicomio debe ser delicioso. Todo tan normal, tan tranquilo...

ERNESTO: Si a la señora no le importa, me sentiré mucho mejor si guarda el revolver o desvía el cañón hacia otro lado. Tengo el coñac en las orejas. Disculpeme, es una frase de la servidumbre, claro.

MARGARITA: Desde luego.

Guada de nuevo el revolver en el cajoncito y sigue hablando.

Pero cometí la torpeza de no matarle. Los hombres, en cuanto no los matas, te dejan.

Ernesto ha bebido toda su copa de coñac Margarita, divertida, acude con la botella.

ERNESTO: Gracias.

Margarita llena la copa generosamente y observar a Ernesto, que bebe un gran trago y lo saborea.

MARGARITA: Es un coñac estupendo.

ERNESTO: Si señora. Es magnífico.

MARGARITA: Bueno. ¿Puede cantar ya ?

ERNESTO: No estoy seguro de ... de hallarme en condiciones.

MARGARITA: (Muy frívola) Al menos cuénteme eso de Escocia.

ERNESTO: Mis tatarabuelos vinieron de España; de servir en Andalucía. Mis bisabuelos sirvieron en Escocia. Mis abuelos fueron criados de los duques de Leikapound y, finalmente mis padres se independizaron y lograron tener una pequeña industria de destilería de whisky cerca de Aberdeen. Era una vida muy curiosa. Cuando mi madre se enfadaba con mi padre, le insultaba. Le decía: ¡Criado! ¡Tu eres un criado!" Y él, entonces, como en realidad era propietario de una pequeña destilería de whisky, agarraba un palo y se lo partía en la cabeza.

MARGARITA: ¿A su madre ?

ERNESTO: No; a él mismo. Yo creo que se partía el palo en la cabeza por no matarla a ella.

MARGARITA: ¿Que pintoresco! ¿Tuvo usted más hermanos?

ERNESTO: Un hermano y una hermana, señora.

MARGARITA: ¿Y como se llevaban ?

ERNESTO: ¡Oh, muy bien! Cuando mi hermana tenía quince años, mi hermano trató de forzarla. Mi padre se enteró, agarró un palo y le dijo a mi hermano: "Eso no se hace, muchacho. Ya habrá tiempo cuando la chica cumpla los veinticinco". Y rompió el palo en su cabeza.

MARGARITA: ¿En su propia cabeza otra vez ?

ERNESTO: No; en la de mi hermano. Los sábados eran especialmente significativos. Mi madre nos vestía todos estupendamente. Creo que de marineros o algo así. Y nos llevaba al teatro, en Aberdeen. Todo el mundo decía que éramos unos niños muy bellos y que nos parecíamos tremendamente a mi padre. Al salir del teatro, mi madre nos ponía en fila, hacía pelotas de lodo, y nos las tiraba, manchándonos los trajes. Al llegar a casa le decía a papá: "Escucha, Samuel, todo el mundo me ha dicho que tus hijos se parecen a ti. Esto, aparte de ser muy aventurado, significa que tienen

cara de criados". Y mi padre tomaba una sopera y se la ponía en la cabeza.

MARGARITA:

¿A su madre ?

ERNESTO:

No, no. A él mismo. Lo mejor, sin duda, eran los juegos. Mi hermano Eduardo aceptó jugar conmigo. Eran juegos muy peligrosos. Pero me encantaban.

Acerca su copa y dice:

¿Sería abusar de su amabilidad ?

Margarita que se propone un juego muy oscuro, dice:

MARGARITA:

De mi amabilidad no se abusa nunca, Ernesto.

Le vuelve a llenar la copa.

ERNESTO:

Gracias señora.

Ella termina su vaso de ginebra.

MARGARITA:

¿Y como acabó todo ?

ERNESTO:

Papá mató a mamá.

MARGARITA:

¡Por favor...!.

ERNESTO:

No; si, si. La mató. Creo que realizó un crimen perfecto. Sólo yo pude darme cuenta de que la había matado.

MARGARITA:

¿Y por que solo usted ?

ERNESTO:

Porque yo fui quien lo vió enjabonar a conciencia los 14 peldaños de la escalera. Mamá bajaba como siempre, gritando: "Donde está el criado ? ¿Donde está el criado ?" pisó el primer escalón de arriba, resbaló y rodó los 14 peldaños. Papá respondió: Estoy aquí arriba. Y tú en el infierno". Luego, bajó cuidadosamente, con un cubo, se lo puso en la man y le susurró al oído: Le diré al inspector que te ha perdido la limpieza".

MARGARITA:

Y yo que me quejaba del arqueólogo.

ERNESTO:

¡Ah, señora! El crimen siempre paga. Por una apuesta, papá se bebió entera la destilería de whisky. Reventó literalmente Margarita se tropieza con la copa de coñac de Ernesto vacia.)

MARGARITA:

Está seguro de que aún no puede cantar ?

ERNESTO:

¡Oh, no! No señora, no. Cuando pueda cantar, cantaré en honor de usted.

MARGARITA:

Bien.. Por lo menos tengo que reconocer que le han pasado

cosas. Lo mío ha sido siempre tan sin chiste... ¿Y los amores, Ernesto?. ¿Que tal se han portado las chicas con usted?

ERNESTO: Nunca he tenido trato con una auténtica señorita. Digamos que algunas veces he encontrado hallazgos sorprendentes. Entre las criadas naturalmente.

MARGARITA: ¡Ah!. El amor con una señorita puede tener facetas increíbles.

ERNESTO: Eso pienso. Pero un criado no puede llegar a tales extremos.

MARGARITA: Bueno. Su hermano y usted eran muy aficionados a los juegos. Hay un juego que no hemos practicado aún. Que puede hacer una señorita, en Londres, cuando todas sus amistades están en la cama o se van al teatro, eh?

Y cruz las piernas despiadadamente,. Ernesto se levanta, llena hasta la mitad su vaso de ginebra y se lo ofrece, tras una larga pausa, a Margarita.

ERNESTO: Ponerse una sopera en la cabeza.

MARGARITA: ¿Decía usted...?

ERNESTO: Disculpe. Es que es lo único que creo que puede hacer una señorita en ese trance.

MARGARITA: ¡Ah!. Yo no soy escocesa. Soy una inglesa pura de la mejor sociedad.

Bebe un largo trago de ginebra. Ernesto dice con voz opaca.

ERNESTO: Ya basta.

MARGARITA: No me siento mal. No aguanto tanto como usted, pero me alegro mucho.'

ERNESTO: Dije que ya basta, señora, para morir.

MARGARITA: ¿Para morir? ¿Morir quien?

ERNESTO: Usted. Usted se va a morir. Puede contar apenas un minuto y medio. Eché veneno en la ginebra. La tragedia por el abandono de su esposo no ha podido ser superada por usted. De este modo no hará falta más que yo limpie cuidadosamente esta copa de coñac y la policía la encontrará muerta por suicidio.

MARGARITA: (Agitada) ¿qué está usted diciendo ?

ERNESTO: Es muy fácil.

MARGARITA: En efecto, es fácil.

ERNESTO: Yo estaba arriba y encontré el cadáver. Si no me equivoco, señora, la he oído hablar por teléfono. Ha hablado usted, con su psiquiatra. Le ha contado todo. Estaba desesperada Y creo que mencionó que su marido se había llevado las joyas. ¿Por qué su marido, señora, si las joyas me las he llevado yo ?

MARGARITA: ¡Ernesto...!

Aterrada.

Ernesto!

ERNESTO: Me pregunto que pruebas tenía usted de que su marido se había llevado las joyas. Resumiendo...¿que pruebas tiene de que su marido se haya ido con Susana?...¿O no será todo un plan urdido, realmente, está ahora, como siempre en York Lake, pescando. El se llevó sus maletas y lo único que Susana y yo hemos hecho, es retirar las de usted. Y las joyas, claro. Pero usted ha dado esa versión a su psiquiatra. Y él confirmará que en un alto estado de de presión, usted podría muy bien haberse envenenado. Eso es todo. ¿Le está haciendo efecto ya el veneno?

MARGARITA: ¡Si, Dios mio!. ¡Dios mio! ¿Como pude pensar...? Es horrible! ¡Me ahogo! ¡ME estoy ahogando!. ¡Haga algo, no me deje morir!. ¡No quiero morir!. No los denunciaré, ¡Haga algo!. ¡Llame al médico.'.

ERNESTO: Lo siento, señora. Buen viaje.

Se va hacia el foro y sube las escaleras lentamente. Margarita se arrastra a lo largo del sofá, hasta el teléfono. Descuelga el teléfono mientras dice:

MARGARITA: ¡Me estoy muriendo...!. Es necesario que llame a la policía ... Y este teléfono no funciona... ¡Me muero!.

Deja caer el teléfono y se desmaya sobre el sofá . ERnesto baja, comprueba que el telefono funciona. Lo cuelga. Se sirve otra copa de coñac y se sienta junto a ella. Margarita se remueve un instante y dice:

sorprendida, al verle:

¡Ernesto!.

ERNESTO: Un buen juego, ¿verdad?

MARGARITA: ¡Ernesto!.

ERNESTO: Bueno. Es simplemente un juego. No había veneno en la ginebra, ni estoy de acuerdo con Susana, y su marido se fugó con ella como le dije al principio.

MARGARITA: Me gusta, me encanta en juego.

Enciende un cigarro, y se dirige a Ernesto. Se acerca felinamente hacia él.

¿Nadie te ha dicho, Ernesto, que eres atractivo?. ¡Oh, sí!. Eres muy atractivo,. Tus brazos son fuertes, tu mirada turbia. Eres el hombre capaz de conquistar a todas las mujeres del Universo. Y a mi me has conquistado. Desde el día que te ví he sentido tremendas cosas en mi piel y mi corazón. Dime, Ernesto.. ¿No te llena de alegría haber conquistado a Margarita Bruce Lighton?. Y lo que es mejor, Ernesto: esta noche, esa bella mujer a la que tu espiabas con el rabillo del ojo, va a ser tuya. Tuya, ¿te das cuenta? Y no lo hará por vengarse de la traición de un esposo infiel, sino porque tu la atraes. Tu aspecto varonil, tus labios bien dibujados, la están haciendo temblar de pasión. Ernesto, entra despacio en mi dormitorio. Aguarda un instante. Enseguida iré.

Ernesto la mira y, tras una vacilación entra en el dormitorio. Margarita se echa en el sofá y espera. Tras una pausa sale Ernesto. Margarita dice:

ERNESTO: Bonito juego, ¿Eh?. ¿De verás se lo creyó usted, ERnesto? Admito que es un juego muy bonito, señora.

MARGARITA: Es una blanda devolución del que ha hecho usted conmigo yo también se jugar. Y me encanta. Tiene emoción, pone el ánimo en suspenso...

ERNESTO: Muy cierto, señora.

MARGARITA: ¿Quiere servirme mas ginebra? Por favor, ahora sin veneno.

ERNESTO: Como la señora ordene.

(Comienza a servirle la bebida).

(Ella bebe un trago de ginebra).

MARGARITA Hay mil cosas que una mujer de mi clase no haría. Existen otras mujeres que pueden entregarse a un mayordomo. Una mujer como yo, no. Entiendame, no es cuestión de clases. Es que las cosas deben estar en su sitio. Y no olvide algo: mi psiquiatra me enseñó a estar sola. Y me enseñó también que una señora es, por encima de todo, una señora.

ERNESTO Claro. ¿Y qué más?

MARGARITA ¿Cómo y que más?

ERNESTO Creí que estaba usted jugando, señora.

MARGARITA Ahora estaba diciendo la verdad.

ERNESTO ¿Ve usted, señora? Eso es lo malo. Que a fuerza de jugar y jugar nunca se sabe cuando el otro está diciendo la verdad. Y se corre un peligro: Tomar a juego lo que es auténtico.

MARGARITA Vamos. No me vaya a decir que le ha enfadado tanto mi victoria.

ERNESTO En absoluto, señora. La estimo en lo que vale.

(Se ha acercado al cajoncito, saca el revolver y apunta a MARGARITA).

MARGARITA ¿En qué consiste el juego?

ERNESTO Es muy simple: quítese las medias

MARGARITA ¿Pero qué dice?

ERNESTO ¡Quítese las medias o disparo!

MARGARITA ¿Pero, usted se ha vuelto loco?

ERNESTO No, baronesa. Ahora estoy hablando de verdad. Quítese las medias.

(Le pone el cañón del revolver en el cuello.)

¡Vamos!

(MARGARITA se despoja de una media, con discreción.)

(Con violencia:)

¡La otra! ¡Dese prisa!

MARGARITA Está bien. Aquí están.

(ERNESTO toma las medias. Deja el revolver encima de la mesa).

ERNESTO Señora: me vió usted leer el periódico. Me vió usted interesarme por las noticias del asesino médico de Park Lane. Un asesino que solo mataba los jueves. ¿Es cierto?

MARGARITA Muy cierto.

ERNESTO Señora... ¿Cuál es mi día libre?

MARGARITA Los jueves

(Y pone las dos medias alrededor del cuello de Margarita. Esta cae en el sofá, estremecida de terror).

ERNESTO ¡Los jueves!

Si. Odio a las mujeres. Las odio. Las odio e iré acabando jueves tras jueves con todas las mujeres de Londres.

(Va apretando la garganta de Margarita con las medias) SECCION SIN DIALOGO.

(Se desmaya)

ACCION. GRAN PRISA DE ERNESTO.

(Contempla el revolver. Margarita recobra el conocimiento lentamente.)

Un buen juego, ¿no, señora?

MARGARITA ¿Qué?

ERNESTO Sí; un buen juego. Primero tenía usted que contar con que el revolver lo tiene siempre descargado el señor barón. ¿Usted no había caído en eso? Yo sí. ¿Y por qué iba a ser yo el asesino de los jueves? ¿Me cree usted capaz de matar a una mujer?

Pero debo aplaudirme. Es un buen juego, ¿no? He vuelto a ganar. Vamos dos a uno, señora.

MARGARITA Está usted despedido.

ERNESTO Pero en realidad estábamos jugando.

MARGARITA Está usted despedido. Puede venir mañana por su ropa. Tome nada más que lo necesario para marcharse ahora mismo.

ERNESTO Señora, yo...

MARGARITA Creo que he ido un poco lejos. Eso solo. Yo también he bebido demasiada ginebra. Buenas noches.

ERNESTO Señora: la verdad es que me encuentro muy bien aquí. Y hasta debo hacerle una confesión: siento una gran simpatía por Leticia, la otra doncella. Pero bebí coñac. Usted me lo dió. Usted empezó todo esto.

MARGARITA Mi padre se hubiera horrorizado de mi si yo admitiera las disculpas de un criado.

ERNESTO ¿No podemos arreglar esto de algún modo? ¿Pensar que nada ha ocurrido?

(Ella toma del sofá las medias.)

MARGARITA ¡Mire! ¡Son mis medias! ¡Estaban sobre mi piel! ¡Usted me ha humillado! ¡Ha hecho que me las quitara!

ERNESTO Bueno. En eso consistía el juego. No podía estrangularla con las manos.

MARGARITA ERnesto: por dos veces he perdido el conocimiento esta noche. ¿Se dá cuenta? Dos veces. Sus bromas macabras me han llevado a perder el conocimiento. De acuerdo, pierdo el conocimiento con más facilidad si he bebido un poco. ¡Fuera! ¡Fuera!

ERNESTO A las órdenes de la señora.

(Sube por las escaleras y se tambalea un instante. Se recobra con dignidad y desaparece. Margarita pasea nerviosa. Grita de pronto:)

MARGARITA ¡Un criado no vence nunca! ¿Se dá usted cuenta? ¡Nunca! Inglaterra existe porque ha sabido colocar a los criados en su sitio.

(Toma el teléfono)

(Marca un número en el teléfono)

(Al teléfono)

¿Basilio?... ¡Dios mio! = ¿Otra vez usted?... ¿Pero qué hace ese infeliz Basilio?... ¿Cómo que está igual? ¡Ha pasado casi una hora desde la primera vez que hablé con él! ¡Que conteste en el acto!

Una pequeña pausa. Margarita mira hacia la escalera y despues habla al telefono.

¡Basilio, por favor!. ¿ Que te puede dar esa imbecil con la que estás?... ¿Como?...Que se llama Agripina... Y, naturalmente, es cuchará todas tus horrorosas pláticas sobre Roma. Basilio, no lo digo por nada en concreto. Lo digo por tu salud . Deja a esa mujer. Te necesito... Está bien, consultalo con ella.

Espera con nerviosismo.

¿Como... ¿Que vienen los dos o no viene ninguno?.... ¡Basilio por lo que mas quieras!. Estoy a punto de volverme loca!... No; no es ninguno de mis ataques de soledad. Yo sé resistir perfectamente la soledad. Es, simplemente, que quiero hablar con alguien... hablar de algo. ¿Porque está noche , en que estoy al borde de hacer una barbaridad, no me quieres escuchar ?... ¿Eh, señorita?... ¡Está bien! ¡Comaselo de una vez !.

Cuelga el teléfono. Se sirve más ginebra. y bebe. Por la escalera aparece, serio y riguroso con siempre, Ernesto. Trae puesto un sombrero hongo, lleva un pequeño maletin, un abrigo con esclavina y lleva, ademas de un paraguas un vestido de doncella con cofia y delantal.

ERNESTO: Señora: es lo único de Susana que hay a mano.

MARGARITA: Tire eso en cualquier parte.

ERNESTO: Pero ...

MARGARITA: ¡Le he dicho que lo tire!

ERNESTO: Está bien, señora.

Lo deja en uno de los sillones, carraspa y dice finalmente:

Lamento mucho, señora que hayamos llegado a esta situación. Ese coñac es excelente y tiene la culpa de todo. Y usted estaba muy divertida con la idea de que yo cantara.

MARGARITA: Bien, supongamos que el coñac ha tenido la culpa de todo. Es cierto, lo admito.

ERNESTO: Me alegra que la señora haya llegado a esa conclusión. Buenas noches, señora y siempre a sus órdenes.

MARGARITA: Espere, Ernesto. ¿Donde va usted a ir.?

ERNESTO: Conozco una pensión cerca de los Doks.

MARGARITA: Bien, bien, ERnesto. Pensemos por un momento que los dos hemos sido culpables. Admitalo.

ERNESTO: En lo que a mi respecta, desde luego.

MARGARITA: Pues si los hemos sido culpables, podemos llegar a una solución. Usted se va a ir, desde luego; ya se lo he dicho y no me arrepiento de mis órdenes. Solo le suplico que aguarda a que amanezca.

ERNESTO: Prefiero irme en este mismo instante.

Va hacia la puerta corrediza del foro, la abre y Margarita, con un arrebató de ira, toma la pistola y lo dice:

MARGARITA: ¡Usted que da un paso fuera y lo mato!..

ERNESTO: Señora; no me amenace con una pistola que no tiene balas.

MARGARITA: Yo misma vi a mi marido cargar el revolver esta mañana.

ERNESTO: Señora: si se trata de otro juego, pase por esta vez. Es mejor que me marche.

MARGARITA: ¡No voy a quedarme sola!. ¡Se está usted jugando la vida!

ERNESTO: Señora: ese revolver está descargado.

Inicia el mutis y Margarita aprieta el gatillo. Suena un disparo. Ernesto se lleva la mano a la espalda. Suelta la maleta y el paraguas. Margarita, confusa, susurra:

MARGARITA: Creí que...Creí que estaba descargada...

¡No, Ernesto, por favor!. ¡Llamaré un médico!. ¡Hay tiempo! Podremos decir que, jugando, se nos disparó el revólver.

ERnesto. Acción. se derrumba en el sofá.

Deja caer la cabeza. Margarita, horrorizada corre al teléfono. Lo descuelga. Luego piensa algo y lo vuelve a colgar.

¡Ernesto! ¡Ernesto! ¿ Dios mio que hago ?

MARGARITA: ¡Dios mio... ¡Si llamo a ese imbécil de Basilio y le digo que he matado a un hombre, va a creer que es un pretexto! ¡Yo no quiero ir a la cárcel!. ¡No soy una asesina!..
¡Dios mio y todo lo que ha desencadenado ese estúpido, marchándose!. No le necesitaba para nada. Solo para dormir. Porque necesito alguien con quien dormir. Tengo horribles pesadillas. ¿Pero como puedo haber asesinado a un mayordomo?

Ernesto se incorpora y dice sonriente:

ERNESTO: Es una simpleza ¿verdad ?

MARGARITA: ¡Ernesto!

Ernesto se levanta del suelo sacudiéndose el polvo de la ropa.

ERNESTO: En efecto, señora. El revólver estaba descargado y usted ha recordado que su marido lo cargó esta mañana. ¿Ve usted?

Toma el revólver y se lo enseña a Margarita
Ve? esto no es un revólver de verdad.

Aprieta el gatillo. Suena un disparo.
Solo sirve para asustar. Solo para eso.

Hace una pausa y añade:
No me felicita, señora ?

MARGARITA: ¡Es usted un miserable!. Un pobre criado que no merece ni que le dirija la palabra!.

ERNESTO: Señora, acepte que dejo su casa con tres victorias a mi favor. Buenas noches y muchas gracias.

MARGARITA: Es mentira cuanto he afirmado. No sé estar sola. Completamente mentira. Le suplico, Ernesto, que se quede a mi lado y me haga compañía.

ERNESTO: No, no. Creo que me ha insultado usted demasiado esta noche.

MARGARITA: ¡Al diablo con los insultos!.

ERNESTO: Una señora no dice...

MARGARITA: (Gritándole) ¡Una señora dice lo que quiera!. Y yo puedo decir que no se estar sola. Tenía una habitación grande, blanca... Y todas las sombras del jardín se reflejaban en ella, la nodriza, la maestra de frances... todas acudían cuando yo gritaba de miedo. Papá no, claro. De papá tengo un vago recuerdo. Hizo lo mismo que el barón de Soveset. Se marchó. y mañana, casi nunca estaba en casa. Tengo derecho a sentirme sola.

Margarita cae al sillón sollozando. Toma el teléfono y marca un número grita:

MARGARITA: ¡Londres! ¡Londres! ¡Londres conteste!...

Cuelga el teléfono desolada. Piensa un momento y se decide a recoger sus cosas.

Se pone de pie, al cerrar la puerta. Ernesto esta detras burlón.

Con una sonrisa implacable avanza y dice:

ERNESTO: ¡Cuatro a uno , señora!

C A E E L

T E L O N

ACTO II

La misma decoración del acto anterior. Recogemos la situación en el punto en que la dejamos. ERNESTO ha abandonado el paraguas y el maletín y se empieza a desabrochar el abrigo. MARGARITA solloza en silencio, en el sofá.

ERNESTO

Bien, señora. Naturalmente, sabía de sobra que usted no puede estar sola. Eso es algo que yo aprendí.

No tuve jamás dinero suficiente para acudir a un psiquiatra. Las cosas terribles que me han ocurrido, he ido tragándomelas una a una. Ni siquiera puedo utilizar el teléfono, como usted.

MARGARITA:

Ernesto: usted no es exactamente un criado.

ERNESTO:

¡Pero si me lo ha estado usted llamando toda la noche! ¿Acaso cree que es agradable servirle a usted? En ocasiones he sentido el deseo de utilizar un revolver de verdad y no ese.

MARGARITA:

¿Por qué?

ERNESTO:

Son ustedes una gigantesca secta. Influyen en la pobre gente que no tiene insignia. Leen ustedes los periódicos de la secta. Y dentro de los Bancos está el dinero de todos los sectores de la secta. ¿Ha visto usted que bien suena?

MARGARITA:

¡Ernesto!.....¡Dios mío, es usted un marxista!

ERNESTO:

Ellos son también una secta. Yo soy individual, escueto.

MARGARITA: Soy una mujer sola.

ERNESTO Algo falta.

MARGARITA No falta nada.

ERNESTO Si, algo falta.

Una mujer sola que depende de un vulgar criado.

Señora: si me lo permite, me valdría decir el nombre de todos los amantes con los que se ha ido a la cama, pero comentándolo con humor fino y hablando entre dientes como hacen ustedes.

MARGARITA (Altiua) ¡Ernesto! ¡No voy a consentir.....!

ERNESTO ¡Todo!. Usted va a consentirlo todo esta noche porque sabe que si me canso puedo dejarla sola. Y sabe que lo hago. Usted puede salir a la calle y pasear. Pero luego tendrá que volver a casa. Y la casa estará sola. Y usted tendrá que dormir sola. ¿Verdad que va a aguantarlo todo, señora?

MARGARITA Hay cosas que no se aguantan. ¿Entiende bien? Me queda un último rastro de dignidad.

ERNESTO ¿Acaso los criados no tenemos dignidad? No la veo con ganas de seguir el juego. Está bien. Entiendo que no quiera participar. Buenas noches, señora.

(Coge la chalina y MARGARITA le detiene con voz temblorosa).

MARGARITA: Aguarde... Si es un juego...

ERNESTO ¿Qué otra cosa puede ser?

MARGARITA Bueno... se llamaba... Sí, creo que se llamaba

John.

(Traga saliva. Su voz se hace más frívola)

MARGARITA

No este John, mi marido, sino otro John. Habíamos bailado, salimos a la terraza... Me eché en un banco. Estaba muy fatigada. "Fatigué", decía. "Je suis tres fatigué".

ERNESTO

(Aplaudiendo) ¡Bravo, baronesa!- ¡Ese es el tono exacto!

MARGARITA

(Riendo) Después fuí de... ¿Marino?... Tipo fino, delicado. Se iba a casar al día siguiente. Organizó una despedida de soltero. Había tantos allí... Creo que bebí demasiada ginebra. Y fuí del marino, de un aviador, de uno del ejército de tierra...

TODAS

Todas las fuerzas británicas estuvieron en mis manos.

ERNESTO

¡Bravo! ¡Bravo!

MARGARITA

Después siguieron, Felipe, Memo, Basilio el historiador... Me falló Borislav. Es un homosexual comercializado. Y Guillermo me dejó por una chica de buenas piernas. ¡Que bonito!

ERNESTO

¡Bravo y cien veces bravo! Contado así es perfectamente respetable. Dicho de otro modo se saca en consecuencia que es usted una zorra. Perdón. Que culpa tienen las zorras de parecerse a usted.

MARGARITA

(Altiya) ¡Ernesto.....!

ERNESTO

Pero socialmente, usted nunca podrá ser una zo-

7
rra. ¿Se comprende a Mrs. Bruce Lighton, baronesa de Sowerset, siendo una zorra? No; no se la comprende ni se la admite. Se dice que es una frívola, una casquivana...

MARGARITA Basta ya. ¿No cree?

ERNESTO Es que quiere que lleguemos a la consideración de que usted, desde el punto de vista moral, es una zorra.

MARGARITA Le advierto que Catalina de Rusia...

ERNESTO ¡Ah! Era una gran reina... zorra.

MARGARITA Y Lady Hamilton...

ERNESTO Una mujer singular, pero zorra.

MARGARITA En ese caso muchas grandes damas han sido zorras. Visto así el problema, no tengo inconveniente en admitir que he sido un poco zorra.

ERNESTO Su optimismo y su humildad, señora, me conmueven.

(Respetuoso)

ERNESTO Es usted una de las más grandes zorras de Inglaterra.

MARGARITA (Inocente) Ernesto, me halaga usted.

ERNESTO No, no, no.

Porque hay que ver como le pone los cuernos a su marido.

MARGARITA Porque a él no le importaba.

ERNESTO Luego, hemos llegado a la consecuencia de que usted es una zorra. Ya tenemos algo. ¡Ah!. Reconstrucción de la personalidad de la baronesa de Sowerset, por medio del psicoanálisis de la mierda. Disculpe, señora. Es el lenguaje de la servidumbre. Nosotros le llama-

mos psicoanálisis de la mierda, al ir preguntándonos y contestando la verdad.

(Se sirve un poco de coñac, lo mira al trasluz y dice:)

ERNESTO Es que usted es frígida.

MARGARITA ¡Falso! ¡Eso es falso! ¿Por qué, si no, he acudido a los hombres? ¿Por qué, si no, he estado pendiente de ellos?

Porque me apasionaban, porque me enloquecían.

(ERNESTO, en voz muy baja, repite:)

Frígida.

(Con un aullido)

MARGARITA Si es cierto. ¡Jamás he sentido nada con ningún hombre! ¡Nunca!

ERNESTO (Entusiasmado) ¡Pero, señora! Si hubiera sentido usted algo, ya no sería una zorra. Sería una ... ¿Cómo se dice en su lenguaje?... Una... Bueno, sí, una temperamental.

MARGARITA Es usted un criado lleno de odio, que depende de nuestras libras. Lo que en mí es una deliciosa frivolidad en usted es sórdido y mezquino. Usted obra a partir de aquella madre que le tiraba barro y de aquel padre que se llenaba de whisky hasta la línea de flotación. Y quiere que yo lo pague. Quiere que le pague de algún modo.

ERNESTO Quiero que lo pague usted esta noche. Porque venciendo a usted, habré vencido el sentido tradicional de la vida inglesa, las enguantadas manos, las clases dominantes.

(Encarándose con ella y señalándola con el dedo:)

ERNESTO Y lo poco que han hecho los jóvenes frívolos llenos de orgullo.

(MARGARITA, de pronto, suplicante:)

MARGARITA Ernesto: son unas horas nada más. Hasta que amanezca. Por favor, se lo pido. Se lo ruego.

ERNESTO Usted, señora, va a perdonarme... pero es mejor que me vaya.

MARGARITA ¡No, por Dios! ¡No se vaya! ¡Irse, no! Está bien, haga lo que quiera. Insúlteme. Pero no me deje a solas.

ERNESTO Qué quiere que haga?

(ERNESTO toma el vestido de la doncella y le dice:)

ERNESTO Vístase de criada. Sólo entonces podremos contarnos nuestros secretos más íntimos.

(MARGARITA, llena de una espantosa altivez, le dice:)

MARGARITA Ni siquiera en una fiesta de disfraces sería capaz de ponerme eso.

ERNESTO Lo entiendo. Y como lo entiendo, señora, voy a dejarle mis datos en este block.

(Escribe sobre un block mientras dice en voz alta:)

10, Stuart Street. Hotel Columbus. Le dejo también el teléfono.

Gracias, señora.

(Abre la puerta corrediza, se detiene un instante ante la otra puerta del foro y dice:)

ERNESTO: Buenas noches, señora.

(Sale cerrando la puerta. MARGARITA pasea).

MARGARITA ¿Pero hasta que punto has enloquecido? Solo porque tu marido te ha dejado, porque tus amigos están todos colonizados por el sexo, has admitido esa serie de idioteces.

(Le tiemblan las manos y acude al teléfono. Marca un número. Oímos perfectamente la señal de marcar. Toma el directorio telefónico y busca con nerviosismo creciente. Marca otro número más y comunica. Cuelga el teléfono, aterrorizada.)

¡Londres entero está comunicando!

(Toma el teléfono)

(Un silencio. Aterrada:)

MARGARITA ¡Prefiero ir a la calle!

¡Tengo que hablar con alguien! ¡No puedo aguantarlo!

¡Necesito hablar con alguien!

(Corre hacia el foro, abre la puerta y recargado en el dintel, muy cortés, está ERNESTO, que le dice con una sonrisa implacable:)

ERNESTO ¿Seguimos, señora?

(MARGARITA, se echa a llorar y asiente. ERNESTO entra, cierra la puerta, conduce suavemente a MARGARITA hacia el sofá, cierra la puerta corrediza, toma el traje de criada y se lo muestra).

ERNESTO Cuando quiera, señora.

(Ella inicia la acción de quitarse su traje.)

ERNESTO Por favor, en su dormitorio. No tengo ningún interés de verla desnuda.

(MARGARITA toma el traje y, sollozando, hace mutis por la izquierda. ERNESTO tararea una canción. Va hacia una caja que tiene puros, toma uno, lo enciende, y luego comenta en voz alta:)

ERNESTO: Este año, el Derby de Ascott ha estado lleno de chusma, señora. Se han visto pocos bombines grás perla.

Un amigo mío que vive en el hotel Columbus me decía:
"Convéncete, Ernesto. Para los aristócratas ya no quedan sino los campos de concentración. Por supuesto, no hay que torturarlos, pero me temo que no puedan dar sus coctéles en ningún otro sitio". Me parece, en el fondo, muy doloroso, pero los tiempos avanzan y la justicia social trata de ayudar a los hijos de perra como yo, frente a los grandes seres como usted.

(Aparece en la izquierda, con la cabeza baja, humillada, deshecha, MARGARITA, vestida con el traje de criada).

ERNESTO ¡Estupendo! ¡Vaya! Ya es usted un ser humano. Porque solo siendo pobre y estando vestida de una manera infamante se es un ser humano.

Ahora tiene usted que hablar como una criada.

MARGARITA Pero no sé....

ERNESTO Es preciso que hable como una criada. Quedan todavía unas horas para que la ciudad suene. ¿Cómo se siente dentro de ese vestido?

(MARGARITA, casi sin voz:)

MARGARITA Humillada.

ERNESTO Es una pena que no le hubiera traído la ropa interior de Susana. Se hubiera sentido mucho más humillada. ¿Ve usted que ligera va?. No hay nada que la estorbe. Vamos, somos dos criados que aprovechan el momento en que se han ido los señores.

Yo acabo de encender un puro. Tome un cigarrillo de la señorita y nos pondremos a hablar como si tal cosa. Estamos fatigados de trabajar para esos dos hijos de la gran perra y ha llegado nuestro instante.

(Se quita la chaqueta)

ERNESTO Oye vida... ¿Hay cerillos por alguna parte? ¿Pero qué digo, cerillos, si está aquí el encendedor de plata del témpano ese de la baronesa de Sowerset? Vamos, enciende.

(MARGARITA, con un cigarro en la boca, se lo puso él, no se atreve a encender).

ERNESTO ¿Sabes una cosa, pedazo de animal? No creo en las revoluciones. Creo en los grandes resentimientos. Pero, chica... ¡Que bien se lleva el rencor!

(Se pone de pie en el sofá)

ERNESTO Este. Este que veis ahí, John Bruce Lighton, es el enemigo del pueblo. ¡Por el no comen los obreros! Y él fué quien evitó que en nuestra patria hubiese....

(En un alarido).

¡Libertad!

(Se sienta)

Es curioso... Ni siquiera gritando esa palabra tiene sentido.

Mira que tienes buen trasero. Pero es que comes lo que come la baronesa.

(MARGARITA, en transición lenta, va transformándose en el personaje de la criada).

MARGARITA Oye, pedazo de animal, te gusta mi trasero?

ERNESTO Eres una real hembra. No la baronesa que es un frasco de perfume. Se me está ocurriendo...

(ERNESTO, mira hacia la habitación)

MARGARITA ¿Qué?

ERNESTO Oye...¿y si nos divertimos un rato? Ahí dentro, en la cama de ellos.

MARGARITA ¿Qué?

ERNESTO Sí; en su cama. Eso es lo divertido. Y al terminar, les rompemos la almohada y deshacemos las cábanas. Anda, vamos.

(MARGARITA, pasándose una mano por la frente, dice:)

MARGARITA Ahí no.

ERNESTO ¿Pero que pasa ahí?

MARGARITA Es mi habitación... Eso sería demasiado.

ERNESTO Pero no te entiendo, chica. Estás hablando como si fueras ese témpano cursi de Mrs. Margarita Bruce Lighton.

MARGARITA (Gritando): ¡Soy ese tempano cursi de Margarita Bruce Lighton!

(ERNESTO se echa a reír. La toma del cuello y, sin contemplaciones, la pone frente a un espejo).

ERNESTO ¿Te ves?. ¡Vamos, estúpida! ¿Te estás viendo? ¿Y por qué quieres ser tu una mujer que ni siente, ni padece, que se aburre, que le pone los cuernos al marido, y que no soporta la soledad?

MARGARITA ¡No, no! ¡Ahí no!

ERNESTO Entiendo. Creo que... hemos ido en este juego demasiado lejos.

ERNESTO Otras veces te he pegado, ¿recuerdas?

MARGARITA A una mujer se le toma, por lo menos, quitándole el ves-
tido.

ERNESTO A una criada no. Aquí te cojo. Aquí te mato.

(ERNESTO, con una sonrisa):

ERNESTO Señora: ha llegado la hora de quitarse el disfraz.

MARGARITA ¿Qué?

ERNESTO Si. Ya ha jugado usted a que era una criada. Hemos ju-
gado los dos.

MARGARITA ¿Bero, qué significa ésto?

ERNESTO No habrá creído la señora que era una criada, ¿Verdad?

(MARGARITA se pasa una mano por la frente)

MARGARITA ¿No sé lo que creído!

ERNESTO ^{le} Ruego a la señora que no interprete un juego como una
realidad. Es un simple juego. La señora lo sabía al
empezar.

MARGARITA ¿Pero de qué se trata ahora? ¿De seguir humillándome?
¿No te ha bastado que dijera cosas atroces? ¿Qué más
quieres? ¿Qué te estás cobrando?

ERNESTO La señora hará muy bien en vestirse de lo que es. Eso
solo.

MARGARITA ¿Quieres decir que no se va a repetir más lo de esta
noche?

ERNESTO Por supuesto, señora. Usted me ha echado. Y si perma-
nezco aquí lo hago solo para acompañarla en su sole-
dad. Estoy a la disposición de la señora. ¿Quiere que
le haga un té? ¿Prefiere tomar más ginebra?

Será mejor que me vaya.

MARGARITA (Suplicante). Es igual. Ahí

(Señala el sofá)

(ERNESTO, sin mirarla, violento:)

ERNESTO ¡No es igual! ¡No es lo mismo!

MARGARITA Subamos a tu habitación.

ERNESTO Es la habitación de un criado.

(Va hacia la puerta del foro y de pronto, MARGARITA, grita pateando):

MARGARITA ¡Hijo de perra!

(Histérica, pateando):

MARGARITA Será donde yo diga!

(ERNESTO acude junto a ella, la toma del brazo, y dice:)

ERNESTO ¿Donde mande yo.

(MARGARITA, con un gemido)

MARGARITA ¡Por Dios, santo! ¡Me estás deshaciendo el brazo!

ERNESTO Y no quieres que me vaya, verdad?

(Tirando de ella, la mete en la habitación).

MARGARITA ¡No, no!

ERNESTO Pues será como yo diga y no como a ti te gusta.

(Saliendo molida)

MARGARITA Sí; lo he conseguido. Parece increíble.

Me has molido a golpes. ¿Cómo se puede pegar a sí a una mujer?

MARGARITA Ha sido para chuparse los dedos! ¿Entiendes?

ERNESTO Eso es lenguaje de criados.

MARGARITA ¿Y qué? Si he de comportarme como una criada, para ser mujer plenamente, me comportaré así.

ERNESTO Peligrosa actitud, señora. Le ruego que se vista.

MARGARITA Yo insisto. ¿No se va a repetir más?

ERNESTO Los juegos no se repiten, señora. Cuando dos personas están solas y no tienen de qué hablar, juegan. Pero solo sucedé eso; que juegan. Es muy posible que al final ese juego encierre una trágica situación. Pero en todo caso, no es culpa mía. Vístase la señora. Estará más cómoda.

(MARGARITA se acerca a él y alza la mano para abofetearle).

MARGARITA ¡Sinvergüenza! ¡Pedazo de!

(El le detiene^{lo} la mano)

ERNESTO No, eso no

ERNESTO Señora... ¿Le recuerdo que es usted Mrs. Margarita Bruce Lighton, baronesa de Sowerset? ¿Le recuerdo que mañana sus amistades le hablarán de la incalificable conducta de su esposo, y le recuerdo que mañana no comunicarán los telefonos y que, probablemente, Basialio estará a sus órdenes y que tal vez Guillermo se haya cansado de la muchacha de las piernas bonitas? ¿Tengo que recordarle, señora, cuál es su sitio?

(MARGARITA se le queda mirando y se tapa el rostro con las manos)

(MARGARITA va hacia la izquierda. Se detiene en el umbral. Se vuel-

ve).

MARGARITA Prepáreme una aspirina. Me duele todo el cuerpo.

(Desparece. ERNESTO contempla las figuras del ajedrez).

(Deja caer la Reina y el Rey al suelo y las pisotea con todas sus fuerzas).

ERNESTO Ya no hay rey ni reina... ¡Ah!, el ajedrez... Es un juego lleno de aristocracia. Por eso los rusos juegan tan bien el ajedrez. Es una compensación. No tienen Zar, pero tienen rey, reina, caballo, torre y alfil. Más sería expeditivo. En vez de un rey y una reina colocaría dos chinos boinosos siempre con el mismo uniforme.

(Sale MARGARITA con un camisón elegante puesto y una sombrerera)

ERNESTO Creo que hay un juego que aún no hemos jugado.

ERNESTO ¿Se refiere la señora?...

MARGARITA Simplemente a esto.

(Muestra la ^hsombrerera que ha sacado cuando salió)

ERNESTO ¿Qué es?

MARGARITA ¡Ah! Abra y lo verá

(El Abre la sombrerera y encuentra un bombin gris perla)

MARGARITA Creo que le estará bien. ¿Se la quiere poner?

ERNESTO Señora: no encuentro motivo para....

MARGARITA Pero seguro que usted quiere ser cortés conmigo. Seguro que no quiere que perdamos las amistades por tan poca cosa.

(ERNESTO se pone la chistera)

¡Bravo!

(Los gemelos. Se los tiende a Ernesto)

MARGARITA ¿Y bien, Ernesto? El chaqué, la chistera gris perla y los gemelos. Estamos en el Derby de Ascott.

ERNESTO ¿Qué es lo que quiere usted?

MARGARITA ERnesto: creo que me he comportado como una estupenda criada. ¿No es verdad?

ERNESTO Tal vez. Pero era un juego.

MARGARITA Este es otro juego, Ernesto. Falta saber si usted puede hacer de señor.

(ERNESTO sonrío)

ERNESTO Reconozco que es muy mañoso de su parte. Pero me apasiona el juego. Y bien, tengo que hacer de señor.

MARGARITA Por supuesto. Y ahora, querido Ernesto, comportese como un señor. Acabamos de llegar al hipódromo. Saludamos a la condesa de Eight.

(Pasean frente al público)

(ERNESTO, quitándose la chistera, dice:)

ERNESTO Señora condesa... ¡Qué alegría verla de nuevo por aquí!

(MARGARITA, con una frialdad pasmosa:)

MARGARITA Ha cometido usted, Ernesto, una terrible incorrección. No hay que quitarse la chistera, sino llevarse la mano suavemente al ala. No hay que adelantarse a besar la mano de la condesa, sino esperar a que ella la tienda. Y por último, usted no tiene que expresar una enorme alegría por ver de nuevo a la condesa allí. La frase, "de nuevo", puede significar muchas cosas. Y

naturalmente, entre otras, que la condesa está retirada de la vida social. Usted tenía que haber dicho simplemente: "Una bellísima tarde, señora condesa". Solo eso.

(ERNESTO se muerde los labios.)

ERNESTO Muy cierto.

MARGARITA Continuamos paseando. ¡Ah! Viene ahí Miss Elena Lurle. Se casará el próximo otoño. Adelante, Ernesto.

(ERNESTO se lleva la mano al ala de la chistera y dice:)

ERNESTO Estupendo día, Miss Drale. Ya sé que se casa este otoño. Será una fiesta encantadora.

(MARGARITA, con una absoluta frialdad, dice:

MARGARITA ¿Sabe usted si ha reñido esa tarde con su prometido?

ERNESTO No.

MARGARITA Pues ha reñido. Ha cometido usted una incorrección. No habla jamás de una boda hasta que se vaya a celebrar. Deje que le hablen de ella. Veo, además, que ha cometido usted otra terrible y espantosa incorrección. Según estamos paseando y quedando ahí la pista, me lleva usted a su derecha.

ERNESTO Es lo correcto.

MARGARITA No. Lo correcto es llevar siempre la mujer por dentro, para que pueda lucir su vestido. El hombre se reserva la parte que está pegada a la pista.

(Se echa a reír)

Un deplorable señor.

(ERNESTO la toma con fuerza y la acerca hacia sí. Dice con voz aho-

gada):

ERNESTO

¡Y después de todo esto, zorra asquerosa! ¡Después de este bonito juego en una noche en que tenías miedo...!

(La besa brutalmente)

¡Me gustas! ¡Si!; me has gustado siempre! Desde que entré aquí. ¡Te espiaba recién salida del baño, oliendo a perfume caro! ¡España también tus piernas cuando las cabalgabas con descuido al ir a tomar el té del desayuno! ¡Cuando ayudaba a vestirse al cornudo de tu marido y notaba tu olor en su pijama! ¡Me gustas! ¡Y te aborrezco! Te aborrezco porque son muchas generaciones oliendo a pegotes de barro y a whisky mal destilado. Te aborrezco porque sé del frío y de la necesidad.

(La besa en el cuello)

¡Me gustas! Me gustas y te odio tanto que podría matarte ahora y sentir el mayor de los placeres. No era un juego sexual lo que había ahí dentro cuando te pegaba. Estaba pegando a todos los que han llamado criados a mis mayores. ¡Estaba pegando a mi madre, estaba pegando a mi abuela, la criada; a mi bisabuela, la criada; a mi tatarabuela, la criada! Y sé de sobra que todo lo que te gusta de mí, en el fondo lo desprecias.

MARGARITA

Eso es exacto.

ERNESTO

Y sé que si has sentido conmigo es porque estás enferma, porque estás degradada. Pero serás siempre una noble enferma y degradada. No es este un bonito juego, ¿sí? Y si quieres sentir algo tendrán que acudir a un criado que te va a moler a golpes, y que señalote

con toda su alma, te odia al tiempo con sus cinco sentidos y que te acusa de inmoral y de asquerosa porque no puede tenerte al lado, en el lecho, todas las horas que él quisiera?

(Como en una pesadilla, MARGARITA, dice:)

MARGARITA Podría empezar otra vez el juego de la alcoba. Meo empezar otra vez. ¡Y te desprecio! ¡Todas tus cosas no me parecen inteligentes, sino ruinas! ¡Eres un asco! ¡Un asco que me gusta y me llena de placer!

(Piensa un instante, y dice:)

Alguno de los dos tendría que hacer un esfuerzo. Yo podría coger una maleta y acudir al hotel Columbus todas las noches para compartir contigo un lecho sucio y repugnante para después, minutos después, ser verdaderamente una mujer. Tú, en este palacio, no serías sino el chulo de la baronesa. Y cada día aumentaría el odio y terminarías un día estrangulándome. Pero de todos modos, hay algo que no está perdido. Tú eres soltero. Mi marido me ha abandonado. Hay algo que no está del todo perdido...

(Suena el teléfono. Varias veces. Ernesto no lo toma. Lo coge finalmente MARGARITA y dice:)

MARGARITA ¿Sí?... Yo soy... Sí, Margarita... ¿John?... Sí; claro que sé quien es John. Eres mi marido, ¿no?... Sí, sí, te escucho... ¿Dónde?... ¿En Yorkshire?... ¿Pasando?... No, no sabía. ¿Y Susana? Te la has llevado, eh?... ¿Para preparar el hotelito?... ¿Me aguardabas?... ¿Me dejaste una nota para mí a Ernesto?... ¿Y quien va a ir

al hotelito?... Los Foxter, los Torence... Pues no, claro. No he ido porque... No ví la nota.

(ERNESTO, con enorme suavidad, saca del bolsillo interior de su chaqueta un papel y se lo tiende a ella. La voz de Margarita se va ahogando cada vez más).

Si, John... Sí... Entiendo... Supongo que estarás alarmado... Bueno, algunas veces el teléfono no ha funcionado bien y en otras ocasiones supongo que si ha funcionado, no lo he oído... Temí por tí. Pensé que te había ocurrido algo... Sí, John. Sí; naturalmente. Si tomo un coche, en una hora puedo estar ahí. Gracias, John.

(Cuelga. Mira a Ernesto)

(Este le tiende la nota que ella coge)

¿Pero qué ha hecho usted?

ERNESTO Se me olvidó, señora.

MARGARITA ^{le} (Lee): "Querida Polydoly: Estoy en Yorkshire. Ha sido inútil encontrarte. Dejo esta nota a Ernesto. En cuanto llegues a casa, llámame. Te esperamos, no tardes. Besos, Johnny."

(MARGARITA, temblorosa e incrédula, tartamudea:)

MARGARITA Debe entender, Ernesto... que usted, premeditadamente, se guardó la nota de mi marido e inventó el resto.

ERNESTO Eso fué exactamente lo que hice, señora.

MARGARITA Y que mi esposo no se ha llevado a Susana para hacerla su amante, sino para que nos atendiera en el hotelito de Yorkshire.

ERNESTO Precisamente.

MARGARITA Y que por tanto, John no me ha engañado.

ERNESTO Desde luego con Susana, no.

MARGARITA ¿Por qué?

ERNESTO ¿A qué se refiere?

MARGARITA ¿Por qué ha hecho todo esto?

ERNESTO No lo sé a punto fijo. Cuando el señor decidió marcharse, estuvo telefoneando cerca de media hora. En ningún sitio se la encontraba a usted. Yo pensé que estaría tomando un buen trago de cama con alguna de sus amigas. Encontré ridículo al barón. Tal vez sean celos. No sé. No sé por qué he hecho todo esto. Lo más probable es que deseara estar a solas una hora y media con la señora.

MARGARITA Una locura así no se concibe sino queriendo mucho a una mujer.

ERNESTO Jamás odié a nadie como a usted. La he odiado con toda mi alma desde que la ví por vez primera. Ya se lo he dicho.

MARGARITA ¿Qué pretendía, entonces?

ERNESTO Voy pensando en que necesitaba hora y media para atormentarla. Eso es todo. Lamento profundamente lo ocurrido. Después de todo, ha sido un juego. Usted tiene un espíritu deportivo, señora. Sabe que de cuanto ha ocurrido esta noche nadie va a enterarse. Fué una simple diversión.

(MARGARITA lo toma de las solapas)

MARGARITA ¡Ah, no! Jugando y jugando, intentando ser cada uno más listo que el otro, más cruel que el otro, han ocu-

rrido cosas tremendas.

ERNESTO ¿Pasa algo cuando usted vuelve de estar con sus amantes? ¿Acaso se le nota algo en la cara mientras besa a su marido?

MARGARITA Ahora, sí.

ERNESTO Seguro que no. Lo único que me pregunto...

MARGARITA ¿Qué?

ERNESTO (Con una sonrisa) ¿Cuánto durará ésto? Son años ya en que todos buscamos una hora y media para atormentar a otro.

La felicito, señora. Al final ha vencido la aristocracia.

MARGARITA (Tomando aliento) Y bien. He vencido. Y algún día contaré a mis amigas que mi abuela tuvo un criado loco al que echó como un perro de la casa porque lo encontró borracho.

ERNESTO (Poniéndose el hongo y tomando el abrigo). Así es.

MARGARITA El juego final es para mí.

ERNESTO Supongo, señora. Ya no tiene porque temer a la soledad. No pasará la noche sin compañía.

(Se ha puesto el abrigo. Saca del bolsillo, como si las hallara, unas octavillas).

ERNESTO Si me necesitara para cualquier cosa, estoy en el Hotel Columbus.

(Busca en el bolsillo de la chaqueta. Saca la octavilla).

¡Ah! Por cierto, el dueño del hotel me dió el pasado jueves unas octavillas de propaganda.

(Lee):

(El teléfono comienza a sonar. MARGARITA aterrada:)

¡No, no, no!

(Y luego, grita más:)

¡Hotel Columbus! ¡10, Stuart Street!... ¡Todo confort!

(Solloza y grita:)

... Discreción ...

¡! ERNESTO!; ¡! ERNESTO !;

HA CAIDO LENTAMENTE EL

T E L O N

+++++

SÉMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS